

ct

Celeste Flora

de
Juan García Larrondo

(fragmento)

DRAMATIS PERSONAE:

FLORA

NARCISSE

FRAGMENTO 1: "NARCISSE"

La acción, en Madrid, año de 1934.

Toda la obra se desarrolla en una sala gris y vieja. Ambientación de la época. En un lateral aparece un despacho y, sobre él, una pequeña lámpara, un teléfono y varias carpetas llenas de papeles: todos los enseres propios de una improvisada oficina dentro de una prisión de mujeres. A ambos lados de una ventana algo elevada, cuelgan de la pared un crucifijo y un retrato del presidente de la República Niceto Alcalá Zamora: todavía podían convivir las múltiples Españas. Aproximadamente en el centro de la escena, se sitúan una pequeña mesa y dos sillas. Al fondo, en el lateral contrario, una puerta metálica, algo oxidada, es la principal referencia con el exterior.

La escena da comienzo cuando se ilumina tenuemente la lámpara que está sobre el despacho. Sentada detrás aparece NARCISSE, que escribe una carta. El contenido de ésta puede ser leído o, simplemente, escuchado por medio de una grabación previa que se oirá con naturalidad. NARCISSE es una joven psiquiatra francesa, apacible e inductiva, una investigadora racional, inteligente y elegante. Durante toda la obra ella hablará el castellano, pero su acento debe ser inequívocamente francés, incluso su comportamiento. Aunque esta escena deba ser considerada como el tiempo presente de la acción, en escenas posteriores se evocarán momentos que pertenecen al pasado; y este cambio debe de apreciarse con claridad.

En un jarrón depositado sobre el despacho, yace un ramo de flores variadas; una pequeña representación de toda la FLORA...

NARCISSE

(Lee y escribe una carta ya empezada. Por un momento, antes de volver a escribir, se queda pensativa)...Hace dos días que no veo a Flora. Mañana, o quizás esta misma tarde, darán a conocer el veredicto definitivo. (Piensa). Temo haber fallado, porque creo que dentro de mí hay algo de esa desdichada mujer que me importa. Ella es diferente, como ya te dije en una de mis anteriores cartas. La sociedad hablará o ha hablado por mí, lo cual debería llenarme de orgullo, ya que se trata, sin lugar a dudas, de todo un triunfo sin precedentes para el futuro de la Psiquiatría moderna. (En ese momento enciende un largo cigarrillo. NARCISSE fuma constantemente, haciéndolo con distinción. Continúa después leyendo lo que escribe). Mi principal queja es que el avance de la ciencia tenga que generar también más muerte. Me tranquiliza pensar que esta guerra no es la mía, pero ¿acaso no es el egoísmo la peor de todas las guerras? (En ese instante suena el timbre cascado del teléfono. NARCISSE se asusta, luego, reacciona y espera a que el aparato dé algunas llamadas más. Se desprende de unas lentes que llevaba puestas y se acerca al auricular). Sí, soy yo. (En su gesto aparece cierto temor). Sí. ¿Qué? (Sorprendida por una noticia conocida, esperada, pero también amarga). Pero, ¿por qué de esta manera?, ¿por qué tan deprisa? (Pálida, se estremece y parece derrumbarse por momentos). No, pensaba regresar a París a principios de la próxima semana. (Deseando colgar). Bien. Muy amable. Adiós. (Cuelga el teléfono, con cierto temblor, sin brusquedad. Apaga el cigarrillo y enciende inmediatamente otro. Su mirada está perdida, ausente. Extrae de su bolso una pequeña petaca de coñac y bebe con decisión. Observa la petaca con cariño, como si le evocara algún hermoso recuerdo del pasado. Luego, con una forzada frialdad,

comienza a escribir de nuevo y a leer la carta. Se coloca otra vez sus lentes). En este justo instante acaba de llamar el doctor Castell. Ya ha ocurrido, ya todo está consumado. Se han dado prisa. Hemos vencido. El tribunal se reunió anoche, y esta mañana, muy temprano, se ha cumplido la sentencia. *(Se seca con los dedos unas lágrimas que se deslizan bajo sus lentes, aunque su rostro no parece cambiar de expresión)*. Creo que durante todo mi trabajo he intentado usar la razón, y creo que a ella he tratado de remitirme siempre. Pero ahora ignoro qué va a ser de mí. Hemos triunfado, André. *(El llanto acaba por apoderarse de ella. Lee y escribe impulsivamente, como si dentro de su mente se estuviera librando un combate atroz)*. No ha habido concesiones. La razón ha superado al sentimiento, igualándosele, creando una nueva vida, más plena. *(Sonríe, con un gesto agrío)*. Todas las revistas de Europa hablarán de nosotros, pero creo que, después de lo vivido, eso ya apenas me interesa. *(Vuelve a beber de su petaca, eso parece que la sosiega levemente)*. ¿Sabes?: hoy he aprendido algo nuevo sobre mí, sobre el género y la especie a la que pertenezco. Soy una mujer distinta, recién nacida de una extraña metamorfosis. Parece como si de mi vientre, de donde se origina la vida, hubiera crecido una nueva flor, quizás la flor que lleva mi nombre. *(Se detiene y mira durante un instante a su alrededor. Acaricia las flores que adornan su despacho. Espontáneamente, corta una de ellas y la retiene en su mano, mientras la huele. Luego vuelve a la carta)*. La muerte, como experiencia límite, es una de las escasas vivencias que nos provoca un cambio en el pensamiento. Creo firmemente que es en esas experiencias límites, en el silencio definitivo de la muerte o del amor, cuando surge una nueva realidad, un nuevo verbo, una vida nueva. Estoy segura, André. No tenemos ningún mérito. La gran triunfadora de todo esto ha sido la vida. *(Pausa)*. En Madrid, abril de 1934. Tu frágil amante, Narcisse.

(NARCISSE pliega con lentitud el papel escrito y lo introduce en un sobre junto con la flor cortada que tenía en la mano. Mientras se va haciendo el oscuro, se oye una música evocadora, un alegre acordeón parisino. Fin de la escena primera).

FRAGMENTO 2: “HIBUSCUS ROSA-SINENSIS”

La música del acordeón enmudece precipitadamente. En ese mismo instante comienza a oírse, como lejana, una canción infantil de juegos cantada por niñas, y, si es posible, perteneciente al folklore vasco. Mientras la música crece se ilumina el escenario. La luz nos desvela a una mujer madura, de escaso pelo rapado, sentada en una de las sillas que está junto a la mesa. Es FLORA.

La presente escena ha retrocedido el tiempo en, acaso, un par de semanas, por lo que la decoración continúa siendo la misma. En el jarrón del despacho, algo más vacío y oscuro, se distinguen unas rosas rojas recién cortadas. FLORA cumple condena en una cárcel de mujeres de Madrid, ciudad en la que transcurre este drama. Su delito es haber dado muerte a cinco niñas, hace ya de esto más de un año, en su ciudad natal, San Sebastián. Está vestida con una simple bata oscura y, aunque quizás habría sido hermosa, poco rastro queda de aquel esplendor más que su carácter, una sensibilidad extrema y sus manos. Su futuro, si debe ser ajusticiada o no, depende de que sea declarada cuerda o demente por un delicado tribunal: la ciencia. De París ha llegado, hace apenas dos días, la doctora Narcisse Chérel, una brillante psiquiatra. Ella decidirá si FLORA está loca o no. Ésta espera la llegada de alguien que desconoce. Inquieta, se levanta y examina la habitación. Observa si

no viene nadie y, como una niña, se incorpora por la ventana, agarrada a las rejas, para poder ver así el exterior. Se sostiene en el aire hasta que ya no puede más y, emitiendo un gemido, se desliza por la pared hasta el suelo. Al incorporarse se duele en el pecho y descubre las rosas que están sobre el despacho. Levanta una y la huele con dulzura, con profesionalidad. Conviene saber que FLORA, a pesar de no poseer tal título, es una extraña intelectual que ha dedicado casi su vida entera al estudio de la Botánica. FLORA, quizás, se merezca su nombre. Se oye el ruido metálico de unas llaves. FLORA deja la rosa en su sitio y, un poco asustada, vuelve a su silla. Se retoca como delante de un espejo invisible y adopta una postura elegante, casi teatral. Al abrirse la puerta, la música infantil se detiene en seco, y por el vano entra un rayo de luz roja. Tras él, NARCISSE. La puerta se cierra y la iluminación vuelve a quedarse como estaba. Ambas mujeres se observan durante un instante, llenas de preguntas o quizás de decepción.



Charo Sabio interpretando a Flora en 2004

NARCISSE

(Siempre con su pronunciación francesa). Hola. (Como si no hubiese sido correcto). No sabía que ya estaba usted aquí, esperando. (Se queda mirándola, sin avanzar apenas).

FLORA

(Alegre). ¡No se quede ahí, señorita! Esta silla de aquí debe ser para que usted se siente. (NARCISSE en silencio se dirige hacia el despacho y sobre él deposita varias carpetas llenas de papeles y su bolso. Su vestido, discreto pero elegante, es rojo, como su sombrero, a lo “Belle Epoque”. De una de las carpetas saca un expediente visiblemente manoseado, el de FLORA, también un pequeño cuaderno, en el que constantemente tomará notas). ¡Cuántos papeles! Los periódicos y las secretarías están acabando con todo el papel del mundo. Algún día se acabarán los árboles, ya lo verá, y volveremos a escribir sobre barro, como los antiguos. Deberían aprovechar el papel, ¿no cree?

NARCISSE

(Se coloca sus lentes y la mira con profesionalidad). ¿Realmente eso le preocupa?

FLORA

Desde luego. Me extraña que me haga esa pregunta. *(NARCISSE sonríe, algo incrédula, continúa ordenando sus papeles. FLORA, repentinamente seria)*. Me preocupa hasta la más minúscula partícula en la que haya vida. ¡Lástima de arbolitos! Por cierto, ¿tendría, por casualidad, un pitillo?

NARCISSE

(Dudándolo). No... No fumo.

FLORA

(Decepcionada). ¡Ah! Pensaba que todas las mujeres francesas lo hacían. *(Se produce un largo cruce de miradas)*.

NARCISSE

Veo que ya sabe mi nacionalidad, por lo que supongo que el doctor Castell le habrá puesto al corriente de todo, ¿es así?

FLORA

(Rascándose). Sólo sé que es una especie de excepcional investigadora de la mente, allá en su país, y que es usted la que va a decidir si estoy loca o no; si merezco continuar viviendo o, por el contrario, si merezco morir, ¿no?... *(Sacude la cabeza)*... ¡Malditos piojos!... ¿Qué es lo que se siente cuando alguien se acerca tanto a Dios?

NARCISSE

(Intentando ser pragmática). No tengo el más mínimo deseo de parecerme a Dios. Soy médico. Trabajo para la ciencia. Y no soy ningún juez, sólo estoy aquí para examinarla, no para emitir un veredicto. *(Se dirige hacia la mesa del centro con una carpeta. Se sienta)*.

FLORA

En fin, ¿y por dónde quiere que empiece?

NARCISSE

(Eficiente). Pues, no sé... ¿Por el principio, por ejemplo?

FLORA

Evidentemente...

NARCISSE

(Interrumpiéndola suavemente). Hemos realizado varios cuestionarios, bastante simples, que pueden servirnos como guía. *(Le muestra uno)*. Éste, por ejemplo. Según las respuestas, se halla un porcentaje que sirve para ir seleccionando algunos rasgos de su carácter que nos interesan y eliminando otros.

FLORA

Sólo oirán lo que les sea más conveniente. *(Ríe)*. ¡Porcentajes!

NARCISSE

Creo en la objetividad de mi trabajo, por eso lo hago.

FLORA

(Como si no la hubiera oído). ¿Cuál es su nombre?

NARCISSE

(Tarda en responder, complaciente). Lo siento, creí que... Mi nombre es Narcisse Chérel. *(Continúa su explicación)*. Le decía, que en estos cuestionarios hemos introducido algunas preguntas que están especialmente realizadas para un caso como el suyo. En Francia, hace ya algún tiempo que se utilizan...

FLORA

(En la misma actitud). Sabe que yo me llamo Flora, ¿verdad? *(NARCISSE se detiene de nuevo, se desprende de las lentes y asiente con evidencia)*. Claro, desde luego que lo sabe.

NARCISSE

(Imponiéndose suavemente). Bien, Flora. Si le parece correcto, podríamos dedicar un tiempo de cada sesión para rellenar estos cuestionarios y, a continuación...

FLORA

(Como sorprendida por una revelación). ¿Se ha dado cuenta? ¡Las dos tenemos nombres relacionados con las flores! *(NARCISSE sonríe, un poco aturdida)*. ¡Fíjese! *(Señalando)*. Narcisse y Flora... *(El rostro de FLORA se transforma en una inquietante máscara trágica)*.

NARCISSE

(Algo artificial). Sí, sí...Ahora, por favor, ¿qué le parece si comenzamos por éste? *(Le acerca un cuestionario)*.

FLORA

(La observa fríamente, seria). Me tiene miedo, ¿verdad?

NARCISSE

(Profesional, amable). En absoluto.

FLORA

(Sin dejarla terminar). Sí, me tiene miedo, y supongo que asco también. No se lo reprocho.

NARCISSE

(Objetiva). Mire, Flora, la que parece tener miedo es usted. Relájese, por favor. No le voy a interrogar, ni pretendo hacerle daño. *(Sonríe)*. No tiene por qué imaginarse mis sentimientos en estas circunstancias. Yo no la juzgo, ésa no es mi competencia. Mi tarea es la de analizar el porqué de su conducta, sus motivaciones. No aplico reglas morales; yo no decido lo que está mal o lo que está bien. Investigo las causas de su comportamiento. *(Pausa)*. ¿Entiende usted todo lo que estoy diciendo?

FLORA

Ahórrese el esfuerzo...no estoy loca.

NARCISSE

Pienso que estamos perdiendo un tiempo muy importante, ¿no le parece?

FLORA

(*Vuelve a sonreír, algo fingida*). Sí, olvidaba que tienen ustedes prisa. Perdone, no volveré a interrumpirla. Es que yo me pongo en su lugar y la entiendo...

NARCISSE

Ya. Entonces solo contésteme con sinceridad. En eso consiste esta experiencia que, no tengo que recordarle, es de vital importancia para usted. Tiene amigos influyentes y si no hubiera sido por esas personas tan diligentes, el gobernador no hubiera dudado ni un momento en firmar la sentencia de muerte. Desgraciadamente, no es muy popular, ¿sabe? Al menos en San Sebastián, que es dónde pasó todo. Así que le ruego que, mientras duren las sesiones, colabore como ha prometido. Hágalo en nombre de la ciencia que tanto ama. Todo irá mejor si hacemos nuestro trabajo como se debe hacer.

FLORA

(*Reflexiva, asiente*). Entiendo. Observo que lo tienen todo previsto. Sí, en nombre de la ciencia... ¡Qué pena de farsa! Verá... Si tuviera que complacer a esos buenos amigos que usted menciona, tendría que estar loca. (*Ríe, cínica*). Así, el juez me salvaría del garrote vil y todos se quedarían felices. Pero yo me pasaría el resto de mi vida en un manicomio. ¿Para qué quiero vivir, entonces? (*Pausa*). Además... ¡Si no estoy loca! ¿Cómo quiere que se lo diga?

NARCISSE

Ese es el diagnóstico que debemos esclarecer, precisamente.

FLORA

Y usted es quien tiene que decidirlo, ¿no? (*NARCISSE la mira con frialdad*).

NARCISSE

Ya le he contestado a eso. Yo y el equipo médico del que formo parte sólo informaremos al tribunal de su estado psíquico.

FLORA

¡Qué laberinto tan terrible! (*Ante la inmutable expresión de NARCISSE*). ¡Está claro que no les importo nada! No me gusta el uso que hacen ustedes de la ciencia. Si tantas prisas tienen, ahórrense esta comedia y mátenme de una vez. (*Violenta*). ¡No estoy loca, así que ya lo sabe, lárguese a Francia y déjeme en paz!

NARCISSE

(*Intentando la conciliación*). Demuéstreme que es una mujer normal. Colabore y rellene estos cuestionarios, conteste a mis preguntas y le prometo que la dejaré en paz.

FLORA

(*Mira a NARCISSE con desconfianza*). Quiere jugar, ¿no? (*Decidida*). Está bien. Ya no volveré a interrumpirla. De nuevo le pido que me perdone.

NARCISSE

No tengo que perdonarle nada. Cumplo mi trabajo.

FLORA

(*Imitándola, casi al mismo tiempo*). ¡Cumplo mi trabajo! (*Indolente*). Ya me lo ha dicho. (*Se coloca unas gafas que extrae del bolsillo de su bata*). Déme un cuestionario de esos. (*NARCISSE elige uno y se lo da*).

NARCISSE

(*Complacida*). Están ordenados por etapas, es decir, éste, por ejemplo, abarca todo lo que tiene relación con la infancia, hasta los diez años. Son preguntas sobre su familia, su entorno y una serie de supuestos que irá respondiendo de la forma más breve y exacta posible. (*FLORA la observa*). Si tuviera que añadir algo diferente, puede hacerlo al final de cada recuadro. (*Le señala*). Aquí, ¿lo ve? Antes de cada sesión, rellenará uno y, así, sucesivamente.

FLORA

Aquí dice, leo textualmente: “¿Durante su infancia hubo algún miembro familiar que le obligara a practicar actos deshonestos o sexuales?”. Respuestas: “Sí, alguna vez”. “Sí, de una forma sistemática”. “No, no lo recuerdo”. “No, en ningún momento” y por último: “No sé lo que eso significa”. (*Se quita las gafas y la observa*). Hay cosas que jamás le diría a nadie, señorita. No les interesa, créame. Hay instantes de mi intimidad que he guardado siempre en mis recuerdos y no pretenderá que los promulgue para que usted o cualquier investigadorcillo de turno haga hipótesis sobre ellos. Sólo responderé a las preguntas que considere que deba hacerlo.

NARCISSE

(*Firme*). No es posible, debe responderlas todas. Es indispensable que...

FLORA

(*Enfadada*). ¡Me niego! Las primeras quince preguntas están relacionadas con el sexo. No creo que antes de los diez años mi vida sexual fuera muy intensa, ¡qué desfachatez!, y mucho menos que eso les incumba.

NARCISSE

(*Pensativa, durante unos instantes. Consulta su informe*). Sin embargo, según indica su expediente, una de sus...alumnas, por decirlo de alguna manera, tenía nueve años, ¿me equivoco? Rosa García Ibáñez. En el mismo informe, más abajo, se observa que la motivación del crimen, como en los demás, podría haberse originado de una desviación sexual. (*FLORA se tapa los oídos y abre la boca como si quisiera gritar, sin conseguirlo*). En otra de las niñas, ésta de doce años de edad, el informe del forense especifica claramente que la niña había perdido la virginidad, quizás con un objeto punzante, lo que le provocó desgarramiento... ¿Quiere que siga? (*FLORA niega con la cabeza*). Espero que comprenda que es importantísimo que conteste todas las preguntas del cuestionario, por extrañas que le puedan parecer.

FLORA

(Se incorpora como si le hubieran clavado un puñal en la espalda). ¡Rosita! (Se vuelve a sentar, débil). Rosita... (Se queda unos instantes como ausente, luego la mira con odio). Eso no ha estado bien por su parte, señorita; eso ha sido un golpe bajo. (Se siente derrotada). No contaba con la miseria ni la ignorancia de la gente. Jamás ocurrió nada de lo que insinúa. Pero supongo que no me cree.

NARCISSE

Convéncame. Yo sólo dispongo de estos datos, los que me ha pasado la policía. *(Pausa)*. Estas preguntas han sido realizadas por diversos médicos, aquí en Madrid y en París; todas fueron especialmente diseñadas para estudiar su caso y, aunque no esté de acuerdo, relación con sus... *(Duda)*.

FLORA

Con mis víctimas. No sea indulgente conmigo. He oído cosas peores durante los interrogatorios.

NARCISSE

(Autoafirmándose). Sí, con las cinco niñas, todas ellas entre nueve y doce años de edad; a las que usted –según ha confesado– asesinó en su propia casa de San Sebastián, donde asistían a sus clases en los años 1931 y 1932. Puedo leérselo entero, ¿quiere?

FLORA

(Con los ojos cerrados, le hace una señal para que no siga). Conozco todo eso mejor que usted.

NARCISSE

(Intentando imponer su voluntad). Por favor, Flora. De usted depende que las conclusiones de estas sesiones sean satisfactorias. El doctor Castell ya le habló en su momento del contenido de los cuestionarios y le recuerdo que usted le prometió su colaboración. Si lo hace, acabaremos en menos de una semana y ya no la molestaré más.

FLORA

(Dulce). Sí, es conveniente. Además, si nos vamos a ver todos los días, es mejor que nuestro trato sea lo más frío y práctico posible. Así no nos tomaremos afecto la una por la otra. *(NARCISSE abre los ojos atónita, luego le sonríe un poco sorprendida)*.

NARCISSE

Bueno...tampoco tenemos que comportarnos como enemigas.

FLORA

Solían decir de mí que era muy cariñosa, pero ya veo que eso no me lo preguntan en el cuestionario.

NARCISSE

En ése, desde luego, no. Aunque nunca he puesto en duda que lo sea. *(Sonríe)*. Podrá decirlo en otro cuestionario, o a mí.

FLORA

(Le devuelve el cuestionario a NARCISSE, nuevamente dulce). De acuerdo. Responderé a todo lo

que quiera, pero óigame antes un momento, Narcisse. (*Pausa, la mira*). Imagino que usted hará esto para saber, si cabe, algo más sobre la naturaleza humana. Todo eso me lo explicó el doctor Castell, que es un señor muy amable y educado. Sé que ustedes opinan que mi caso es extraño, sin embargo, yo no lo creo así. No pienso que el crimen y la demencia sean siempre realidades complementarias. (*Sufre*). Haga lo que haga, mi condena, la pena que llevo dentro, es implacable y ya no me permite vivir más. (*NARCISSE la mira con viva atención*). ¿Puedo levantarme? (*NARCISSE asiente*). Estoy cansada de estar quieta. (*Se dirige a la ventana*). En la vida que se sucede tras esa ventana, siempre habrá alguien dispuesto a lincharme, a vengarse por algo que no puede entender. Pero tampoco nadie lo ha querido comprender, ni policías ni amigos. Todos se han limitado a hacer “su trabajo”, como usted dice, y no se imagina la tremenda desilusión que eso me produce. (*Pausa, mira las rosas*). Está bien. ¿Sabe? Desde que supe que iba a venir me he preguntado cientos de veces cómo sería; y tenía curiosidad por conocerla...una joven científica francesa, deslumbrante, con unas acreditaciones extraordinarias... ¡Dios mío! ¡Qué halago para mí, que ni siquiera acabé mis estudios de Botánica! Aquí dentro no puedo tener conversaciones, usted ya me entiende, algo más elevadas; realmente, aquí adentro nadie me dirige la palabra. A veces sostengo largos monólogos con los piojos o las cucarachas. (*Ríe, amarga*). ¡Hasta las propias presidiarias tenemos un código moral interno! ¡Una microsociedad que repite metódicamente todo aquello que repudiábamos y que nos hizo alejarnos de un mundo en el que no sabíamos vivir! Ya sabe, no es lo mismo ser una fulana que haber matado a cinco niñas. Me dicen la “vasca loca” o “la asesina de las flores”. (*NARCISSE toma notas*). No, aquí dentro no son muy agradables conmigo; lo comprende, ¿verdad? (*NARCISSE asiente con deferencia*). Hace ya un año y seis meses que estoy aquí. Echo de menos muchas cosas... hablar con un amigo de algo intrascendental, por ejemplo; o las clases de literatura, preñadas del sol de la tarde que entraba por las ventanas del aula; las flores, los esquejes, las podas, sus olores y sus misterios... un mundo sin secretos y sin desconfianza que se enredaba en la verja de mi jardín... ¿Sabía usted que tenía un perro? (*Se emociona*). Bueno, no sé qué habrá sido de él... cuando llegó la policía, me metieron enseguida en el furgón. Ya no he vuelto a ver nunca más mi casa, ni mi jardín... y el perro, no sé dónde estará. La policía dice que no sabe nada ni quiere saberlo. Quizás esté perdido o algo peor...

NARCISSE

(*Profesional*). Flora, por favor, no quiero ser desagradable, pero comprenda que disponemos de poco tiempo y, todavía hoy, tenemos que aclarar ciertas cuestiones imprescindibles...

FLORA

(*Recomponiéndose*). Sí, sí, ya lo sé, ¿a usted qué le importa mi perro? (*NARCISSE muestra cierta desesperación*).

NARCISSE

No, no es eso. Pregunte a sus amigos o a quien sea. Sinceramente, yo no puedo ayudarla con su perro, así que se lo ruego, vamos a dejar de hablar sobre eso y...

FLORA

(*La interrumpe*). ¿Está usted casada? ¿Tiene hijos?

NARCISSE

(*Sorprendida, no sabe si contestar*). Estoy casada, pero no tengo hijos.

FLORA

Mi perro y mis flores eran mis hijos. Y ahora estoy tremendamente sola.

NARCISSE

(Le entrega un cuestionario y un bolígrafo). ¿Quiere rellenar usted misma el cuestionario o prefiere que la ayude?

FLORA

(Simbólica). Preferiría que me ayudase, aunque eso no supondrá ninguna diferencia. *(Pausa).* ¿Es usted feliz?

NARCISSE

(Algo airada). Por favor, déjeme que sea yo la que haga las preguntas. Escriba ahora ese cuestionario.

FLORA

(Insistente). ¿Por qué no ha tenido hijos?

NARCISSE

¡Está bien! Si no colabora tendré que marcharme.

FLORA

(Seca. Distante). ¿Sí? *(Pausa).* De acuerdo, está bien, márchese. Hoy no haré ningún cuestionario.

NARCISSE

(Silencia su perplejidad, no se rinde). ¿Mejor mañana, entonces? *(FLORA ni siquiera la mira. NARCISSE guarda silencio).* No me parece muy adecuada su actitud; sin embargo, puede que mañana piense de otra manera, ¿no? *(FLORA permanece callada, NARCISSE se siente un poco defraudada profesionalmente, no de forma emocional. Se acerca a la puerta. Vuelve hacia su mesa y recoge sus papeles con lentitud, esperando alguna reacción).* Muchos amigos de su difunto esposo nos han insistido en que está usted enferma. Quieren convencernos para que el tribunal la salve de la muerte. Sin embargo yo necesito estar absolutamente segura, y sólo lo estaré si, tal y como ha prometido, se decide a colaborar. *(Pausa).* No le tengo miedo, señora, y estoy dispuesta a escucharla. *(Fría).* No he tenido hijos porque no necesitaba tenerlos. *(Se abre la puerta, por cuyo vano entra un rayo de luz blanca. FLORA parece no inmutarse. NARCISSE termina de recogerlo todo, pero todavía insiste una vez más).* ¿Qué más quiere saber de mí? *(Silencio. FLORA está petrificada. NARCISSE inicia el mutis).* Me ha hablado de sus flores, de su perro... estoy interesada en saber si de verdad es posible que sea capaz de sentir afecto por todo eso. *(FLORA la mira con furia, siempre en silencio).* Pero quizás prefiera hablar mejor mañana, ¿no? *(Se queda en pie, esperando una respuesta que no llega. Recoge sus cosas y se marcha. La puerta se cierra. FLORA se deja caer sobre la mesa y gime como una niña pequeña; mientras, lentamente, se va oscureciendo el escenario y crece el sonido de la flauta del afinador).*

FLORA

(Susurra, entre gemidos infantiles). ¡Qué vestido tan bonito! ¡Qué elegante era el sombrero! Rojo como las rosas...como una rosa...
...Hibiscus Rosa-Sinensis...Rosa...

...Rosita...

...Mi pequeña Rosita...

(Fin de la Segunda Escena).